

**DIOS PADRE NOS AMA GRATIS
–NOTAS A JUAN 3,1-21–**

GOD FATHER LOVES US FOR FREE

Hernán Cardona Ramírez¹

Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia

Resumen

Nicodemo, un judío, fariseo y maestro de ley, creyó estar en comunión con Dios por sus cualidades. En el diálogo con Jesús (Jn 3,1-21), descubre que el amor de Dios está presente desde el inicio de la historia: Dios nos amó primero (1Jn 4,19). ¿Pero si un hombre piadoso y fiel como Nicodemo no está en comunión plena con Dios, entonces quién? ¿Para qué ser creyente y practicar una religión? ¿Tiene sentido la ley? ¿Cómo se debe comportar el ser humano cuando queda cara a cara con el amor gratuito de Dios? A estas preguntas quiere responder el presente artículo, con base en unas anotaciones bíblicas y teológicas, capaces de ofrecer algunas orientaciones para obrar como Jesús de Nazaret, en medio de la realidad actual.

Palabras clave: Nuevo Testamento, exégesis, Juan, Nicodemo.

Abstract

Nicodemus, a Jew, Pharisee and master of the Torah, believed to be in communion with God because of his qualities. In dialogue with Jesus (John 3:1-21), he discovers that God's love is present from the beginning of the history: God loved us first (1John 4:19). But if a pious and loyal man like Nicodemus is not in full communion with God, then who? What for to be a believer and to practice a religion? Does the Law have sense? How should the human being behave when he is faced to the free love of God? These questions intends to answer the present article, with base in some biblical and

¹ Presbítero de la comunidad salesiana (Colombia). Doctor en Teología Bíblica; Magíster en Estudios Bíblicos. Docente de la Facultad de Teología (área bíblica) de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Director del Departamento de Teología. Correo: laceja1960@gmail.com

theological annotations, which offer some guidelines for acting like Jesus of Nazareth, in the middle of our current reality.

Keywords: New Testament, exegesis, John, Nicodemus.

Introducción

En el diálogo (Jn 3,1-21) de Jesús con Nicodemo aflora esta frase: “*Porque así amó Dios al mundo, entregando a su Hijo único*” (Jn 3,16). En este enunciado, el verbo griego para amar es “*agapaô*”, el amor servicial, solidario, de ofrenda, más efectivo que afectivo, el amor gratuito, el cual se entrega sin esperar nada a cambio². Del significado de este amor hace una presentación esencial la epístola 1Jn 3,16-24; 4,1-21. Y además la máxima se inserta en un coloquio entre dos personajes judíos (*Nicodemo y Jesús*), con visiones diferentes de la realidad. Para tratar de acercar sus posiciones, la conversación se ayuda del lenguaje, y dentro de él, tiene especial preponderancia “la Palabra”.

Dabar, el término hebreo para la “palabra” viva y eficaz, resuena unas 1441 veces en el Antiguo Testamento, así como *Logos*, “palabra” en griego, cubre con unas 331 apariciones el Nuevo Testamento. Y además, en el Nuevo Testamento unas treinta veces brotan los vocablos griegos *dialoghismós/dialoghizomai*, los cuales hablan, a la vez, del diálogo y el pensamiento, la discusión, la conversación y la formulación de preguntas. El diálogo, como enseña Platón con sus obras maestras literarias y filosóficas, es un encuentro por medio de la palabra, es decir, de palabra cargada de pensamiento y corazón; por ese motivo, el diálogo penetra en el corazón de las personas (*diá*) el *lógos*, o sea, en el coloquio fruto de la reflexión³.

² G. KITTEL, *Theological Dictionary of the New Testament*. Vol. I, Eerdmans, Michigan 1999, 21-56.

³ Los diálogos platónicos abarcan el período histórico del apogeo de Atenas en el año 450 a.C. y su derrota en la guerra del Peloponeso (año 432), hasta un poco tiempo después la muerte de Sócrates en el 399 a.C. Una serie de decisiones desastrosas acrearon la derrota final de Atenas en el 404. Sócrates, uno de los maestros de Platón, desarrolló un método de filosofar peculiar e interesante, llamado mayéutica, consistía en preguntar al interlocutor hasta llevarlo a la contradicción; convencido el interlocutor de su ignorancia, se ponía en camino de investigar la verdad con seriedad. Este procedimiento Platón lo plasmó en una inimitable forma de transmitir la filosofía: los

Entre los varios retratos de Jesús, presentes en los Evangelios, asoma uno bien sugestivo, sobre todo en el Cuarto Evangelio, *Jesús de Nazaret es el hombre de los diálogos*: con Nicodemo (Jn 3,1-21), con la mujer de Sicar (Jn 4,1-41), con los judíos (Jn 5,10), con la gente (Jn 6,25), con los jefes de los sacerdotes y los fariseos (Jn 7,32), los maestros de la ley (Jn 8,3-4), con los judíos de Jerusalén (Jn 10,24), con sus discípulos (Jn 14)... incluso Jesús dialoga con hostiles interlocutores tales como escribas, fariseos, saduceos, sacerdotes.

La palabra griega “*Nikódemos*” significa victorioso, conquistador sobre el pueblo; quizá se encuentra en relación con el hebreo, “*Naqdêmôn*”, con el mismo sentido. Es un nombre común entre griegos y judíos. Nicodemo, personaje judío, tenía un estilo de vida marcado por la ley, era fariseo. Cuando se encuentra con Jesús, siente la tentación de decir: *soy de la flor y nata de los fariseos, maestro de Israel, miembro del Sanedrín, del más alto nivel del cuerpo legal, legislativo y judicial de los judíos; maestro de las más altas calidades respecto al conocimiento de las Escrituras (la Biblia Hebrea, para los católicos Antiguo Testamento)*. Se recogen aquí una serie de títulos, vigentes en nuestro mundo actual, y muchas personas vinculadas al culto los esbozan con afán.

Un hombre de Iglesia encontró en la entrada de un centro comercial, en el pasado mes de diciembre, un grupo de voluntarios atentos a recibir donaciones de regalos para niños y niñas pobres de barrios marginales de la ciudad. Cuando el ministro entregó su donación, una mujer le dijo: *¿Señor, ya está salvado?* El hombre no atinó a responder. Y ella añadió: *“Quiero preguntar si usted le ha dado su vida al Señor”*. El sacerdote reveló su identidad y algunos datos de su vida, pero la mujer le dijo: *“le agradezco su información, pero es más importante que sepa que puede salvarse”*.

Quizá nadie alcanza a soñar una vida como la de Nicodemo, es maestro de Israel, fariseo, especialista en la Torah; como judío vive solo para ser adepto a Dios. Sin embargo, quedó impávido cuando Jesús le dijo: *“Todo*

diálogos (Crátilo, Fedón, Fedro, Critón, Banquete, República, Timeo...). Por tal razón el ágrafo Platón dijo *“De las cosas que yo tomo en serio, no hay escrito alguno mío ni es posible que lo haya”*. Cf. A. SUÁREZ, *La idea de la palabra según Platón*, Quito 2006, <http://www.monografias.com/trabajos36/la-palabra-platon/la-palabra-platon2.shtml#ixzz4EWISumBy>, citado 22 agosto 2016.

ese bagaje no es suficiente para ver el Reino de Dios”, porque primero se debe aceptar la donación de Dios en la existencia personal: “*Dios nos amó primero*” (1Jn 4,19). Pero, si un hombre como Nicodemo no es apto para el Reinado de los Cielos, entonces ¿quién?

Algunos elementos del contexto

Jn 3,1 identifica a Nicodemo como un fariseo. Y los fariseos ya asomaron en Jn 1,24, al inicio del evangelio, cuando enviaron líderes judíos de Jerusalén a donde Juan Bautista para interrogarlo sobre su manera de proceder. Juan Bautista es contundente, él no es el Mesías, ni Elías, ni el profeta, sólo es una voz desde el desierto, preparad el camino del Señor⁴. A las autoridades judías les preocupan los encuentros frecuentes del Bautista con las multitudes, pues se podría desencadenar una revuelta contra los romanos (Cf. Jn 11,48 y están allí los fariseos (Jn 11,57).

En Jn 2, después del signo de vino abundante obrado por Jesús; el Maestro anuncia la destrucción del Templo de Jerusalén, con un signo evidente de fuerza y poder por parte de Jesús (Jn 2,18-22), el hecho atrajo con creciente preocupación la atención de los líderes religiosos judíos. Mientras tanto la gente sencilla en Jerusalén disfrutaba con los signos de Jesús (Jn 2,23-25).

Los fariseos no llevaron la peor parte en el ataque de Jesús. En sentido estricto, de ellos no dependía el comercio en el Templo, esta era una tarea de los sacerdotes y de los saduceos⁵. Incluso los fariseos se podrían sonreír en su corazón, ante la acción de Jesús, porque transformaba el Templo y su culto. Además porque de esta manera los saduceos y la casta sacerdotal eran humillados de manera pública por un campesino venido de Galilea⁶. A

⁴ La figura de Juan Bautista fue impactante para los judíos, incluso para Herodes Antipas (Mc 6,19-20). Aquí en el Cuarto Evangelio se resalta también esta incidencia del Bautista, a pesar de no haber realizado ningún “signo” (Jn 10,41), como sí los hizo Jesús.

⁵ Los saduceos son nombrados siete veces en Mateo, una vez en Marcos, una vez en Lucas, y en el Cuarto Evangelio nunca aparecen.

⁶ Según Jn 2,18, el evento de Jesús en el Templo de Jerusalén fue conocido por diversos motivos, tanto por los sacerdotes como por los jefes judíos, independiente de si estuvieron todos presentes en el suceso histórico.

los fariseos les llamó la atención la persona y la vida de Jesús (Jn 7,45-52, donde se cita a Nicodemo, v. 50). ¿Pensó Nicodemo ganar a Jesús para su causa como un socio menor? No lo sabemos, pero de acuerdo con Jn 7 se interesan en Jesús los fariseos, los jefes de los sacerdotes (Jn 7,45) y también Nicodemo (Jn 7,50).

En este contexto se ubica el diálogo de Jesús con Nicodemo, el cual aparece al menos en tres ocasiones especiales en el Cuarto Evangelio (Jn 3,1-21; 7,50-52; 19,39-42). En Jn 3, Nicodemo llega donde Jesús, de noche, con un discurso preparado y de memoria, y quizá también con aportes de su grupo de referencia⁷. Pero cuando Jesús lo interrumpió, él y en él los fariseos, quedó no sólo desarmado sino desorientado. Este hombre es un personaje importante en el seno del pueblo hebreo, un “notable” o un “jefe”, de acuerdo con las traducciones. Su notoriedad se debe a su saber y a su enseñanza, sin duda también a la sabiduría de la vida como es propio en muchos judíos. La expresión “*Maestro en Israel*” (Jn 3,10) recoge estos diversos aspectos.

Como fariseo, Nicodemo está preocupado por respetar las prescripciones de la Torah de Moisés. Pero es también un hombre libre, un intelectual capaz de tomar distancia de su clan. Es un creyente en búsqueda, por eso le atrae y lo cuestiona Jesús de Nazaret, joven rabí de Galilea, pues además reúne con facilidad a las muchedumbres y realiza ante ellos obras sorprendentes (Jn 3,2). Nicodemo, para conocer mejor a Jesús, lo busca ahora que llega a Jerusalén para la celebración de la fiesta judía de la Pascua. Nicodemo va donde Jesús, pero de noche, para evitar comentarios innecesarios y estar tranquilo, en un cara a cara de hombre a hombre.

El texto de Jn 3 describe el diálogo entre Jesús y un maestro del pueblo judío. Nicodemo preparó su primera intervención con especial cuidado: “*Rabí, sabemos que vienes de parte de Dios como maestro, pues nadie puede realizar los signos que tú realizas, si Dios no está con él*” (Jn 3,2). Jesús lo sorprende con una respuesta en apariencia desfasada o fuera de contexto: “*Te aseguro, si no naces de nuevo, no podrás ver el reino de Dios*” (Jn 3,3).

⁷ Conviene notar este elemento en la lectura del diálogo entre Jesús y Nicodemo. Al principio quien más habla es Nicodemo y poco a poco sus intervenciones se van diluyendo hasta quedar “mudo”, en un silencio profundo. Jesús, por su lado, vive el proceso contrario, sus intervenciones van creciendo en el relato.

Nicodemo no comprende o quizá en parte se hace el ingenuo: “¿Cómo puede un hombre nacer si ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre?” (Jn 3,4). Jesús le habla del nacimiento “del Espíritu”, “el viento sopla donde quiere”. Nicodemo, cada vez más desconcertado pero a la vez curioso, dice: “¿Cómo puede suceder?” (Jn 3,9). ¿Renacer significa partir de cero?

Nicodemo hace parte del equipo de estrellas de la ley judía, es un fariseo de los más capacitados; guardadas las proporciones, sería del grupo de los “teólogos” de la época. Jn 3,10 lo llama: “*El maestro de Israel*”. Pero cuando Nicodemo habla con Jesús, él escucha las respuestas a las cuestiones con las cuales se ha atormentado por muchos años. Además cuando él ve a Jesús en conversación con las multitudes (Cf. Jn 2,23-25), toma conciencia de una verdad: *nunca él como maestro fariseo de Israel ha atrapado la atención de un auditorio como Jesús, ni en cantidad, ni en la aceptación de la conversión* (cf. Jn 7, 31.45-46). Jesús habla de manera diferente, con palabras muy sencillas, usa comparaciones de la vida cotidiana (Cf. Mc 4,1-32; Jn 10; 15,1-8), de las actividades comunes de la gente campesina... Nicodemo sabe de las acciones de Jesús, de los numerosos signos (Jn 3,2), cuando él ni siquiera, como especialista en la Torah, ha realizado ni un solo “milagro”. Nicodemo no puede compararse con Jesús.

Jesús recibe a Nicodemo en la oscuridad de la noche

Nicodemo no quiere ni puede pasar por alto la evidencia, aunque sus compañeros buscan alternativas para explicar el éxito de Jesús (Jn 7,47-49), él tiene una convicción: *este hombre sencillo de Galilea es Maestro, viene de Dios y se respalda con los signos obrados para el beneficio de las personas* (Jn 3,2). Las palabras de Nicodemo son sinceras, aunque al mismo tiempo buscó la noche para pasar inadvertido.

En sus palabras, Nicodemo descubre un gran respeto por Jesús. Lo llama: “Rabí” (Jn 3,2), el mismo título con el cual muchas personas se dirigen a Nicodemo, pero en él este título es muy válido porque es maestro de la Torah entre los judíos. Pero, no es común en los fariseos actuar en la noche y de manera discreta. Ellos prefieren hacerse notar (Jn 1,19-25; Lc 5,17;

Mt 23,6-7). Ellos se presentan como si fueran la agencia acreditadora del judaísmo pues ellos se consideran a sí mismos los especialistas en la Torah.

Nicodemo dice: eres “*un Maestro (Rabí) venido de Dios*”. Y Nicodemo no habla en singular, sino en plural: “*Nosotros sabemos...*” Quizá involucra a su grupo, a los fariseos de su época, a sus colegas⁸. El pronombre “nosotros” usado por Nicodemo tendría varios significados: quizá hable a nombre del grupo, pero más bien, él habla como miembro de un sistema, del cual él no solo hace parte, sino del cual es uno de sus líderes, de sus más cualificados representantes. Él piensa en términos del sistema judío. Sus conclusiones preliminares lo dibujan como un “fariseo”. Él es fariseo ciento por ciento. Pero, como individuo y representante de un régimen, se plantea el argumento de la salvación a partir de Jesús. El Maestro le muestra a Nicodemo las limitaciones del judaísmo: *no es salvador ni alcanza a salvar a nadie*.

Nicodemo no sabe qué decir de aquí en adelante, si tenía una agenda o un discurso preparado como se insinúa al inicio, en su segunda intervención ya no se percibe tan seguro. Si él tenía un plan previo no lo alcanzó a desarrollar. Él le dice a Jesús: *por cuanto he visto en persona, concluyo, vienes de Dios y tu misión posee la inspiración divina* (Cf. Jn 3,2). Dicho esto, Nicodemo espera alguna ayuda de Jesús, quizá él rellene sus espacios en blanco, o resuelva sus inquietudes existenciales. Si esta era su expectativa, va a quedar defraudado.

Antes de mirar las afirmaciones de Jesús, no olvidemos la recta comprensión de Nicodemo respecto al Maestro, lo tiene por alguien venido de Dios y una persona en quien Dios aparece con claridad. Dios está con Jesús (Jn 3,2). Pero Nicodemo no sabe que sus palabras son más ciertas de lo que él mismo cree. Jesús es un Maestro venido de Dios, él viene a la tierra desde el Padre (Jn 1,1.14) y en verdad Dios está con él.

Jesús es mucho más grande de cuanto Nicodemo pudo imaginar. Él es Dios (Jn 1,1-2) y manifiesta el poder del Padre en su testimonio, en sus acciones, en sus signos. Pasará un buen tiempo antes de que Nicodemo asimile el contenido real de sus palabras. Cuanto ahora oye lo toma por sorpresa.

⁸ En este evangelio, el pronombre “nosotros”, incluye con frecuencia a todos los judíos de manera global.

Es necesario nacer de nuevo, nacer de lo alto (Jn 3,3)

Jesús le dice a Nicodemo: “*En verdad, en verdad te digo (amen, amen, en griego, fórmula solemne para destacar un anuncio esencial), si alguien no nace de nuevo⁹ no podrá ver el reinado de Dios*” (Jn 3,3)¹⁰. Para Nicodemo el centro es Jesús, él no vino a hablar de sí mismo ni del movimiento fariseo. Quiere encontrar a Jesús, su palabra y su relación con Dios. Nicodemo abre la puerta cuando aprecia la misión y el lugar de donde viene Jesús. Esta es una manera interesante de abrirse a Jesús. Y el Maestro comienza por hablar de su misión de una manera solemne, no responde a la expectativa inicial de Nicodemo, lo lleva más lejos.

Las palabras de Jesús dejarán sin aliento a Nicodemo, pues comienzan con una solemne declaración: “*en verdad, en verdad te digo... (Jn 3,3)*”¹¹.

⁹ La expresión “nacer de nuevo” (*desde arriba*, según la traducción literal) o de lo alto, según algunas versiones, en la lengua castellana permite esas variaciones. Estos sentidos caben en la presentación general del Cuarto Evangelio (Cf. L. MORRIS, *The Gospel According to John*, Eerdmans, Grand Rapids 1971, 212-213. En el Cuarto Evangelio, este término, puede abarcar el sentido “nacer de lo alto”, “nacer de arriba”, “nacer de nuevo”, así se usa en Jn 3,3.7.31 y dos veces más en Jn 19,11.23. En los casos donde el término no se encuentra en relación con Nicodemo, el significado es preciso: “desde arriba.”

¹⁰ Para los judíos en general y para Nicodemo, en particular, “ver era creer” (ver Jn 2,18; 3,2; 6,30), Jesús invierte esta idea popular, Él le dice a Nicodemo: “creer es ver”.

¹¹ La expresión “*en verdad, en verdad les digo*”, es la traducción de una palabra griega repetida dos veces: “amén, amén”, y la cual se translitera al castellano de la misma manera “amén, amén”. El Cuarto Evangelio la utiliza sólo así repetida y lo hace en veinticinco ocasiones en su texto, frente al uso simple, una sola vez, sin repetición, en los evangelios sinópticos: Mateo (31x), Marcos (14x), y Lucas (6x). La palabra “amén” en sentido estricto no es original del griego, ya venía desde el hebreo y también era usada en el vocabulario arameo. Es el participio de un verbo cuyo significado es ‘confirmar’ y se usaba para señalar una afirmación. Por ejemplo, fue y sigue siendo en el judaísmo, la palabra típica (amén) para responder a la oración en una asamblea comunitaria (*también en el cristianismo y en las celebraciones católicas*). De esta manera la comunidad se une al orante y hace suya esa oración personal o particular (1Co 14,16). En pocas ocasiones es la conclusión de una oración propia, aislada o personal (quizá en Tb 8,7f.), y expresa un deseo particular. Pero ese uso es escaso en la Biblia. Lo propio de “Amén” es dar el asentimiento a las palabras expresadas por el “otro”. En los evangelios el uso de la expresión se atribuye a Jesús y siempre es el prefijo para afirmaciones esenciales en el Evangelio. Remarcan el sentido de la solemnidad, la importancia y la seriedad del argumento. Aunque algunos estudiosos, sin lograr imponer sus tesis, sugieren que la expresión era conocida en el judaísmo del s. I e.c., por ahora asoma con una frase propia de Jesús. L. Morris, *The Gospel According to John*, 169.

Una expresión única en el Cuarto evangelio. Con una sentencia de pocas palabras, se derrumba cuanto Nicodemo es y representa, pero no solo eso, todo se debe rehacer con la fuerza de Dios¹². Nicodemo con su impronta de judío fariseo no conoce la recreación ni el hecho de renacer¹³. El único nacimiento conocido, en el pueblo descendiente de Abraham, es el nacimiento del seno materno, el cual, según la mentalidad de numerosos judíos, ya otorgaba por sí mismo todos los privilegios humanos e históricos deseados por cualquier país. Cabe recordar, dentro de este contexto, unos versos del evangelio de Mateo 3,7-10:

Pero cuando Juan Bautista vio que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién les ha enseñado a huir de la ira venidera? Hagan, pues, frutos dignos de conversión, y no piensen dentro de ustedes: A Abraham tenemos por padre; porque yo les digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Ahora, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego.

Para muchos israelitas nacer como judío daba de inmediato el ingreso al reino de los Cielos. Incluso para muchos practicantes del judaísmo, los gentiles ya nacían perdidos o condenados, destinados a perecer para el reino. Este era el privilegio de ser judío. Jesús confronta con fuerza a Nicodemo, hace entrar en un choque a su interlocutor, porque ni él, ni nadie, podrá ver el reino de Dios, si no nace de nuevo, si no nace de lo alto. Para Nicodemo, el solo hecho de nacer como judío, le aseguraba la visión beatífica del reino de Dios (Cf. Mt 3,9; Jn 8,39; Rm 9,6-7).

Nicodemo y los suyos creen tener las llaves del reino. Los fariseos se consideran los guardianes de la Torah de Moisés y el “resto” sagrado de Israel. Los fariseos se atribuyen la función de ser los “porteros” del reino, quienes cuidan la puerta de acceso al reinado de Dios; regulan las normas

¹² Cf. L. MORRIS, *The Gospel According*, 212.

¹³ El judaísmo del S. I e.c., en términos generales, esperaba un “nuevo mundo”, incluso con la connotación farisea de “resurrección de los muertos” y quizá con las imágenes de la apocalíptica judía, propia del “cataclismo”, el “terremoto”, el cambio del mundo de la noche a la mañana. Jesús hace un contraste a esta visión porque él habla de una “vida nueva”.

de la ley cotidiana mediante la tradición oral (Cf. Mt 23,13-15). En síntesis, Nicodemo y los fariseos creen tener el reinado de Dios bajo su control. Pero Jesús con delicadeza y radicalidad tumba estos soportes. En la primera comunidad cristiana de Jerusalén, algunos pensaban que era fundamental ser judío para acceder a la salvación (Hch 10; 11,15-18). Incluso muchos creyentes cristianos venidos del judaísmo no cambiaron sus costumbres (Hch 11,1-3).

Pablo es muy exigente en este punto. Muchos israelitas no son verdaderos israelitas (Rm 9,6-7; Ga 3,28; 6,16). Nicodemo frunció el ceño cuando Jesús lo confrontó al decirle: *tu nacimiento natural como judío no es suficiente para la salvación, por eso debes renacer de lo alto*. La implicación es clara, si Nicodemo y cuanto él representa no nacen de lo alto, entonces, no verán el reino de Dios. Delante de Jesús, Nicodemo (*y el grupo por él representado*) cree tener reservadas varias sillas en la primera fila del cielo. Para Jesús, todavía Nicodemo no puede estar tan seguro de sus sueños e ideales como fariseo.

Nacer de lo alto (Jn 3,4-8)¹⁴

¿Cómo nacer de nuevo siendo viejo? ¿Cómo volver al seno materno una segunda vez? Nicodemo elige tomar las palabras de Jesús al pie de la letra. Para él “*nacer de lo alto*” equivale a nacer del seno materno por segunda vez¹⁵. Nicodemo no quiere entender ni asumir las consecuencias de un nacimiento de lo alto. Y prefiere insinuar el ridículo y el absurdo en las palabras de Jesús: ¿Para ver el reino, se debe volver a nacer del seno materno?

Como lectores del Cuarto Evangelio, tenemos una ventaja sobre Nicodemo. El Evangelio ya identificó a Jesús como el hijo de Dios y por lo tanto él es Dios (Jn 1,1). Por Jesús fueron creadas todas las cosas (Jn 1,3), y a

¹⁴ El texto juega con el singular y con el plural: “te aseguro...”, “no te extrañes...” versus “todos tienen que nacer de nuevo...”, “todos quienes nacen del Espíritu...”.

¹⁵ A menudo, en el Cuarto Evangelio, los interlocutores de Jesús se equivocan al tomar, al pie de la letra, las afirmaciones de Jesús, porque están destinadas a ir mucho más allá, incluso a descubrir elementos de la revelación de Dios Padre o a dimensionar la “trascendencia” (véanse, por ejemplo, los siguientes textos: Jn 2,18-22; 4,10-11; 6,25-27; 6,48-65...)

quienes creen, se les concede llegar a ser hijos de Dios (Jn 1,12). Pero por ahora Nicodemo no alcanza a ir más allá de una lectura literal de las últimas palabras del maestro venido de Galilea.

De nuevo, Jesús utiliza unas expresiones solemnes. *“En verdad, en verdad te digo (amen, amen, en griego) si una persona no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios”* (Jn 3,5). Por lo tanto, nacer de lo alto, se puede ubicar como un sinónimo de *“nacer del agua y del Espíritu”*, y es muy importante saber cuál es el significado de esa expresión. ¿El agua remite al nacimiento natural o al bautismo y el Espíritu a una elección de fe o espiritual? Si este es el sentido primero, entonces Jesús dice: debes nacer primero de manera natural y luego hacer una opción de fe o espiritual. Pero en este caso ¿se puede y se deben separar las palabras “agua y Espíritu”?

Un fariseo como Nicodemo conoce bastante bien la Biblia Hebrea y con facilidad recuerda la profecía de Is 44,3-5: *“... voy a hacer que corra agua en el desierto, arroyos en la tierra seca. Yo daré nueva vida a tus descendientes, yo les enviaré mi bendición. Y crecerán como hierba bien regada, como álamos a la orilla de los ríos. Uno dirá: ‘Yo soy del Señor’, otro se llamará descendiente de Jacob, y otro se grabará en la mano: ‘propiedad del Señor’, y añadirá el nombre de Israel al suyo propio”*.

Y Nicodemo, como todo estudioso judío de la Torah, también trae con rapidez a su memoria, un pasaje de la profecía de Ez 36,24-28: *“Los recogeré de entre las naciones, los reuniré de todos los países, y los llevaré a su tierra. Derramaré sobre ustedes un agua pura que los purificará: de todas sus inmundicias e idolatrías los he de purificar; y les daré un corazón nuevo, y les infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de su carne el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne. Les infundiré mi espíritu, y haré que caminen según mis preceptos, y que guarden y cumplan mis mandatos. Y habitarán en la tierra que di a sus padres. Ustedes serán mi pueblo, y yo seré su Dios”*.

Este trabajo de renacimiento y creación es obra del *“viento del espíritu, del aliento de Dios, del soplo de lo alto”*: *“Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho Dios el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo”* (Ez 37,9-10).

Y esta comprensión es no solo de la profecía y de Jn 3, sino también de otros textos del Nuevo Testamento, los cuales asumen la obra salvadora de Dios como un baño en el nuevo nacimiento y como la renovación en el Espíritu Santo (Tt 3,3-7, Jn 1,25; 1,33; Rm 6,1-11). Por lo tanto nacer del agua y del Espíritu, es aceptar la compasión de Dios en mi vida, significa ser recreado desde lo alto; ser salvado es un don de Dios, un regalo, no una acción del ser humano confiado en sus propias fuerzas.

El bautismo de Juan, el hijo de Zacarías e Isabel (Cf. Lc 1,5-25) era visto como un bautismo de preparación para la llegada del reinado de Dios, como un bautismo de arrepentimiento (Cf. Mc 1,4; Mt 3,6; Lc 3,3). Incluso quien se hacía bautizar, varón o mujer, renunciaba al judaísmo, a guardar la ley, para salvarse (*era una provocación y una contradicción para el judaísmo*), porque para Juan Bautista ya no era necesario peregrinar a Jerusalén, ni entrar en el Templo de la ciudad capital, no eran necesarias las ofrendas... solo se pedía para entrar en comunión con el Dios de Israel hacerse bautizar en las aguas del río Jordán. Por estos motivos los fariseos incrédulos e impenitentes no aceptaron el bautismo de Juan (Lc 7,29-30): *“Pero los fariseos y los maestros de la ley no se hicieron bautizar por Juan, despreciando de este modo lo que Dios había querido hacer a favor de ellos”* (Lc 7,30).

Y también Jesús, por el mismo motivo, se cuidó de identificarse con Juan Bautista y su servicio profético. Aunque Dios se manifestó en ellos, con claridad, fue Juan Bautista quien dio testimonio de Jesús y fue el único en hacerlo. El bautismo de Juan se podría buscar y recibir, pero era una obra humana.

En este contexto, Jesús más bien insiste en un dato diferente: *en la soberanía de la acción gratuita de Dios en la persona, quien nos amó primero* (cf. 1Jn 4,19). Nacer de lo alto significa nacer de Dios. Nacer de Dios significa nacer del Espíritu. Nacer del Espíritu significa abrir la mente y el corazón a la soberanía de la obra de Dios en la persona (Lc 17,21: “El reino de Dios está *dentro* de ustedes”); dejar el protagonismo de la vida a la acción Espíritu, descrito en este caso por Jesús con la imagen del “viento”¹⁶.

¹⁶ En el Nuevo Testamento, la misma palabra griega (pneuma) significa a la vez: “viento” (Jn 3,8) y “espíritu” (Jn 1,32-33; 3,5; 6,8.34). En Jn 3,8, el término aparece dos veces: la primera vez se traduce como “viento,” y la segunda vez como “Espíritu”.

Se trata de tomar decisiones cada día para hacer el mayor bien posible y vencer de ese modo el mal.

Jesús compara la obra salvadora de Dios mediante su Espíritu con la acción del viento. Con su fuerza y con su recorrido el viento toma posesión de un territorio con todos sus enseres y habitantes. Los efectos del viento se ven, pero el viento en sí mismo no se ve, no se le puede atrapar, ni se puede controlar su desplazamiento. El viento sopla donde quiere y hace cuanto le place. Los seres humanos no controlan el viento. La acción salvadora del Espíritu procede de una manera similar; el Espíritu en su movimiento transmite vida y salvación; ningún ser humano puede controlarlo¹⁷.

Nadie con sus propias acciones, ni con su esfuerzo personal, ni con su capacidad de manipulación puede gobernar la acción del Espíritu. Pero cuando el Espíritu produce el nuevo nacimiento, los efectos son evidentes. Conocemos la acción del Espíritu de Dios, sin ser visto y más allá de poder controlar su acción (Cf. Rm 8,26-27; Ga 5,22-23). En este sentido, ni Nicodemo, ni nadie puede salvarse a sí mismo. La salvación es la obra soberana de Dios, realizada por el Espíritu Santo; es un regalo, una gracia y un don de Dios, regalado a todos los seres humanos.

Hacia una opción de fe (Jn 3,10-15)¹⁸

En los versos 3,4.9 Nicodemo pregunta: “¿Cómo es posible...?”¹⁹. Él duda, no entiende el “cómo” de este nuevo nacimiento y además se pregunta cómo

¹⁷ Esta fue la lección aprendida “a las malas”, a la fuerza, por Simón el Mago en Hch 8,9-24.

¹⁸ En el verso 11, la expresión “ustedes”, abarca no sólo a Nicodemo, sino a los fariseos y quizás a los “judíos”, es la forma como el Cuarto Evangelio asume esta palabra.

¹⁹ En el texto griego de Jn 3,4.9, las dos preguntas de Nicodemo comienzan con la misma expresión: “*Pôs dynatai*” (cómo puede suceder...), son frases idénticas. Ambas expresiones inquieran sobre cómo se lleva a cabo cuanto Jesús dice. Las dos palabras asoman también en Mt 12,29; Mc 3,23; Jn 6,52; 9,16. En cada una de estas instancias el argumento es una cuestión de lógica. Cuando santa María, le pregunta al ángel Gabriel (Lc 1,34), la cuestión es similar pero no idéntica, ni se usan las mismas palabras (aquí sólo se usa “*pôs*” en griego), por ello este caso es diferente de manera significativa. Ella no pregunta “cómo puede ser o cómo puede suceder”, sino “cómo será”. Ella no pone en duda la acción de Dios, quien la hará madre de un hijo siendo ella una virgen, sino cuál es el significado. En cambio Zacarías manifiesta sus dudas sobre el asunto comentado por el ángel Gabriel y pide algún signo de verificación, por ello es reprendido (Ver, Lc 1,18-20).

pueden ser ciertas las palabras de Jesús. En teoría los fariseos creen en los milagros (Cf. Hch 23,6-8), pero aquí Nicodemo es escéptico por completo.

Jesús cuestiona de nuevo a Nicodemo. *¿Cómo “un Maestro de Israel como él” ni entiende ni es capaz de explicar los asuntos de Dios? Las palabras de Jesús tienen un tono benévolo pero no esconden el reproche al especialista en la Biblia Hebrea. Nicodemo es fariseo, es miembro del sanedrín, pero también es “el” Maestro de Israel (v. 10), el texto griego trae aquí un artículo singular definido. Si Nicodemo no es el primero, sí es uno de los más connotados, prominente y respetado maestro judío de su época. ¿Por qué un reconocido maestro de las Escrituras judías no entiende cuanto Jesús dice? Parece increíble, pero es así.*

Jesús avanza con un fuerte contraste en el v. 12: *“los asuntos de la tierra... los asuntos del cielo”*. Nicodemo pone los argumentos de Jesús (celestiales) como si fueran de la tierra. Los asuntos del cielo están asociados con el reinado de Dios y van más allá de nuestra cerrada comprensión. *¿Cómo un maestro de Israel no entiende cuanto la misma Torah, de la cual se dice especialista, enseña con reiteración? El problema de la humanidad, de acuerdo con el testimonio bíblico, siempre se anida en el corazón (Gn 8,21; Ex 7,14; Dt 5,28-29; 8,14; Is 29,13; Jer 17,9-10), y este problema solo lo resuelve Dios, y lo soluciona dándole al ser humano un nuevo corazón (Ez 26,24-28; Dt 30,6; Jr 31,31-34). Quien nace del Espíritu es un ser humano nuevo (1S 10,6-13), y es el Espíritu quien le permite a las personas tomar conciencia de estas realidades (1 Co 2,10-16; 2 Co 3,12-18).*

En este ámbito se ubica Jn 3,11, la respuesta solemne de Jesús enfatiza: *“Nosotros hablamos de cuanto conocemos y damos testimonio de cuanto hemos visto”* y añade: *“... pero ustedes no aceptan nuestro testimonio”*. El pronombre (nosotros) es plural, quizá porque abarca a Jesús (*a la comunidad cristiana cuando escribe el Evangelio*) y también a Juan Bautista. Ambos dan testimonio de cuanto han visto. Incluso Juan Bautista es considerado profeta y encarna a los profetas del Antiguo Testamento. Por su lado, el pronombre “ustedes” junta a Nicodemo, a los fariseos y a los judíos en general. Tanto el testimonio de Juan Bautista (Jn 1,25-29), como el de Jesús y los suyos (Jn 9,22.35), son rechazados por los fariseos (Cf. Jn 8,48).

Jesús habla de nacer de nuevo, de nacer de lo alto. Esta es la acción del Espíritu de Dios, quien arropa con su soberanía al ser humano y le da una nueva vida (Jn 3,7-8) y esta acción viene de lo alto (Jn 3,13-15) *¿Cree Nico-*

demo en el reino de los cielos? Con bastante seguridad sí, como lo hicieron varones y mujeres del Antiguo Testamento (Hb 11,13-16). Si alguien va al cielo, es porque antes vino del cielo. Es un viaje de ida y vuelta con su punto de partida en el cielo, porque allí nace la decisión de crear. Solo el hijo del Hombre puede retornar al cielo porque él vino del cielo (Jn 3,13; Cf. 1Ts 4,13-5,1). Por este motivo la salvación viene “*de arriba, de lo alto*”.

La serpiente de bronce (Nm 21,4-9)

La referencia a la serpiente de bronce en el Antiguo Testamento (Nm 21,4-9), se relaciona aquí con la salvación ofrecida por Dios Padre en su Hijo Jesús, “*El Hijo del hombre*”. Los israelitas en el desierto murmuraron contra Dios y contra Moisés. Se quejaron del viaje por el desierto y por la aparente falta de agua y de alimentos. No les gustó el maná dado por Dios cada día. Por estos y otros motivos, el pueblo, con su pesimismo y su rebelión, atrajo al campamento serpientes venenosas y muchos de los mordidos por las serpientes morían. Los israelitas se buscaron el mal y debieron asumir sus efectos.

Sin embargo, Dios no permaneció indiferente ante la muerte de los suyos, él acudió a salvar a su pueblo desobediente, y el juicio divino se convirtió en una ayuda para sobrevivir. Dios ordenó a Moisés hacer una serpiente de bronce y ponerla en un poste, y quienes eran mordidos por las serpientes venenosas, con solo mirar la serpiente levantada en el desierto, eran curados. No solo el evento narrado por el libro de los Números 21,4-9, sino también la relación con Jn 3,14-15, han suscitado entre los estudiosos de la Biblia importantes consideraciones. Un desarrollo amplio del tema exige más espacio, pero en orden a explicitar la relación, se sugieren algunos criterios comprensivos.

Ya desde la época de los sumerios²⁰, el legislador para presentarse ante su pueblo usaba una imagen semejante a aquella dedicada al dios o la diosa

²⁰ Para este parte ver: “serpente”, en: H. BIEDERMANN (dir.), *Enciclopedia dei simboli*, Garzanti, Milano 1999; “Sumeri”, en: G. BELLINGER, *Enciclopedia delle religioni*, Garzanti, Milano 2001; “Arca del Patto”, “serpente”, en: A. MERCATANTE, *Dizionario dei miti e delle leggende*, Newton & Compton, Roma 2001.

de la vida, denominada “*Ningiszida*” y hacía parte del panteón sumerio. Este ícono era considerado el patrono de la medicina y también una divinidad de la fertilidad, aunque asociado al mundo subterráneo; pues una de las traducciones de la palabra sumeria es “*señor del árbol bueno*”, y se vincula de manera simbólica a una serpiente enroscada.

En sumeria ya desde el milenio III a.C, circulaban imágenes del reptil enroscado en torno a un asta, como un anticipo al Caduceo de Hermes, al bastón sanador de Asclepio, dios de la medicina, y al bastón de Moisés. Con el paso del tiempo se afianzaron al menos dos imágenes: una vara de olivo adornada con guirnaldas y, en su forma clásica, una vara rodeada de dos serpientes enroscadas y ascendentes, coronada con un par de alas.

De acuerdo con la versión de 2R 18,4, la serpiente pudo ser venerada en Israel, por algún grupo, hasta por lo menos el s. VIII a.C., pues Ezequías (716-687 a.C.) rey de Judá (después de la caída de Samaría a manos de los asirios 721-720 a.C.), destruyó todos los ídolos, quitó los lugares altos, quebró las imágenes, rompió los símbolos de Aserá e hizo pedazos *la serpiente de bronce* hecha por Moisés, porque hasta entonces los hijos de Israel le quemaban incienso; y la llamaban *Nehustán*. Aquí la serpiente está en el lugar de la deidad, por lo tanto, podía matar o curar.

En hebreo el vocablo *Nehustán* contiene la raíz “nag”, muy antigua, incluso se conecta al sanscrito “naga”, coligado a la raíz semita “nachash”, serpiente, con referencia no solo a la vida sino también a la regeneración (*la serpiente muda su piel*). Es un rasgo de la serpiente presente en el relato de Gn 3,1 donde aparece como creatura astuta y le dice a la mujer que al comer del árbol no morirán, sino que serán como dioses. El evangelio de Juan 8,44 interpreta de una manera muy densa ese momento: “*Ustedes son (hijos) de su padre el diablo, y quieren hacer los deseos de su padre. Él ha sido homicida desde el principio, y no permanece en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira*”.

En el relato de Ex 7,8-12, Moisés, para convencer al Faraón de que sus palabras venían del Señor, arrojó por tierra su bastón, el cual se transformó en una serpiente. Entonces el Faraón llamó a sus magos quienes hicieron un hechizo similar, pero para probar la superioridad del Dios de los hebreos, la serpiente de Moisés devoró los reptiles de los magos egipcios.

Ya el libro de la Sabiduría realizó una interpretación del relato de Nm

21,4-9: *“Dios nuestro, tu pueblo sufrió la terrible furia de las fieras, y muchos murieron por la mordedura de serpientes venenosas, pero tu ira no llegó al extremo. Tan solo como corrección y por breve tiempo fueron turbados, pues tenían un símbolo de salvación que les hacía memoria de las enseñanzas de tu Torah; y quien daba la vuelta para contemplarlo tenía la vida, no por ello, sino por ti, Salvador de todo. Con esto demostraste a nuestros enemigos que eres tú quien salva de todo mal; ellos morían por la picadura de langostas y mosquitos sin poder encontrar remedio para su vida... Pero contra tus hijos ni siquiera pudieron los dientes de serpientes venenosas, porque tu misericordia vino a su encuentro y los sanó... Y, porque, ni hierba ni ungüento los curó, sino tu Palabra, Señor, la que todo lo sana”* (Sb 16,5-10. 12).

Como se aprecia en este breve recorrido, las diversas fuentes sobre el tema no presentan una visión unitaria del argumento. Cuanto se ha escrito sobre la serpiente, descubre un largo proceso de elaboración, dentro de la historia de la humanidad. Incluso la serpiente es ocasión de muerte, pero también de vida.

Con base en los elementos anteriores, sobresalen algunos aspectos de Nm 21,4-9. El contexto es de rebelión del pueblo de Israel contra El Señor y contra Moisés. Las serpientes son venenosas, muerden a numerosos israelitas y ellos mueren. La intervención del Señor por medio de Moisés, es curativa y salvadora con la serpiente de bronce; la serpiente es para los mordidos por las áspides venenosas, es para los necesitados.

Una traducción bastante literal, de unas frases, de Nm 21, 8-9, dirían: v. 8, *“Todos los que la miren (la serpiente de bronce en el asta) vivirán (tendrán la vida, revivirán)... v. 9, Cuando alguno era mordido por una serpiente, miraba fijamente (contemplaba) la serpiente de bronce y vivía (tenía vida, revivía)”*.

En el v. 8 se usa la raíz hebrea “raah”, ver sin más, y el v. 9 se utiliza “nabat”, mirar fijamente. Con este sentido se halla en Gn 15,5: *“El Señor le dijo a Abrán: contempla el cielo y cuenta, si puedes, las estrellas”*. Es una mirada hacia el horizonte, hacia una vida nueva; como se le dice a Lot: *“Ponte a salvo, no mires hacia atrás... para que no perezcas... La mujer de Lot miró hacia atrás y se convirtió en una estatua de sal”* (Gn 19,17.26). Esta forma de mirar se vincula en el texto hebreo con el Señor: *“Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios”* (Ex 3,6). Y también: *“El Señor*

nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza... Hoy hemos visto que Dios puede hablar al hombre, sin que éste muera” (Dt 5,24). Se trata de una mirada fija, contemplativa y desde el Señor.

Ahora bien, en ambos versos (vv. 8-9) se emplea el verbo “hayah”, sanar, vivir, dar vida... como aparece también en Gn 3,22: “*Solo le falta al ser humano, echar mano del árbol de vida, comer su fruto y vivir para siempre*”. Con el sentido de “salvar la vida”, este verbo se usa en Dt 19,4.5; y con el significado de vivir, de tener una fuente de vida en las instrucciones del Señor, en Ez 20, 11.13.21.

En pocas palabras, en el relato del libro de los Números, la muerte se transforma en vida. En un espacio de muerte, porque el pueblo está en el desierto, se ha rebelado y sufre las mordeduras mortales de las serpientes venenosas, el Señor pone la vida. Como si fuera una contradicción, hoy se usa el veneno de la víbora para salvar vidas; del veneno de las serpientes sale el antídoto para la curación. La serpiente de bronce elevada en un asta, es el símbolo de la presencia de Dios mientras acompaña a Israel por el desierto, como lo interpreta el libro de la Sabiduría 16,5-7. Todas las acciones del Señor en este contexto son para favorecer, defender y potenciar la vida.

Para Israel debe ser claro un dato de experiencia: *solo Dios salva del peligro y de la muerte, solo él cura y sana*. El pueblo no alcanza con sus esfuerzos particulares a realizar dicho proceso. La serpiente de bronce como símbolo del desierto es la memoria permanente para Israel de la salvación y de la curación obtenida como un regalo de Dios, quien sorprende cada día al pueblo de Israel con sus acciones. El Señor no goza con el dolor ajeno, tampoco es vengativo, ni cobra las rebeliones de Israel, suscitando sufrimiento y/o angustia en los suyos.

La provisión de Dios por la salvación de Israel en el desierto, se lee ahora desde Jesús en Jn 3, y recibe su plenitud de sentido, con la acción inminente de Dios a través de su Hijo Unigénito, el Mesías. Jesús en su conversación con Nicodemo usa la imagen de la serpiente de bronce, y establece de esa manera una analogía entre el levantamiento de la serpiente y la crucifixión del Hijo del Hombre, y *así quien crea en Él tenga la vida eterna (Jn 3, 14-15)*; este argumento queda evidente no solo aquí, sino también más adelante: “*Les dijo Jesús (a los judíos): Cuando levanten en alto al Hijo del Hombre, entonces conocerán que Yo Soy. Yo nada hago por*

mi propia cuenta, solo enseñó lo que aprendí del Padre. De ello hablo” Jn 8,28²¹.

El texto usa una expresión central en el libro del Éxodo 3,14-16, “Yo Soy” expresión para identificar al Señor en la Biblia Hebrea; aquí en el Cuarto Evangelio, identifica a Jesús como el Hijo de Dios, por eso Jesús puede decir “Yo Soy”, él tiene la vida, es salvador y existe una relación entre creer y tener vida eterna.

De acuerdo con la afirmación de Jn 8,28, Jesús es levantado delante de los seres humanos en la crucifixión: *“Allí (en el Gólgota) lo crucificaron junto con otros dos, uno a cada lado de Jesús... quien vio estas cosas da testimonio de ellas, y su testimonio es verdadero... La Escritura dice también en otro pasaje: mirarán al que traspasaron”* (Jn 19, 18.35.37). El testigo es el discípulo a quien Jesús amaba, y según el texto, él ve con los ojos de la fe (*horaô*, en griego: vv. 35. 37), por lo tanto, la cruz lo transforma y a la luz de la cita de Za 12, 10-12, a la cual alude Jn 19,37, éste discípulo al *contemplar de manera detenida* todos los eventos de Jesús en la cruz, recibe el don de las lágrimas; un dato que entre otros muchos significados, apunta en la Biblia a mostrar como el corazón de piedra, de una persona o de una comunidad, hasta ahora incrédulo o dudoso, se transforma en un corazón de carne.

Mientras en el libro de los Números la serpiente de bronce solo servía a quienes estaban enfermos, en riesgo de muerte, mordidos por las serpientes venenosas, la cruz de Jesús es para todos los seres humanos. No en vano en Jn 19,23-27, se describen “Doce” personas en la cruz, provenientes de regiones y situaciones bien distintas, como si el autor quisiera entregar una imagen de universalidad: cuatro soldados al servicio del opresor imperio romano; tres crucificados, condenados por el poder civil y malditos para la religión judía (Dt 21,22-23); cuatro mujeres, personas insignificantes para el judaísmo y la sociedad de la época, entre ellas la madre de Jesús, quien

²¹ El término “ser levantado” (en griego: *Hypsôsen*) posee un doble significado. En su versión más literal, “levantado”, pero también ser “exaltado” (ver por ejemplo: Mt 11,23; 23,12; Hch 2,33). El Señor Jesús fue, a la letra, “levantado en la cruz”, pero a la vez “exaltado” por ser “levantado” de esa manera. Su muerte en la cruz está unida al hecho de “ser levantado” del sepulcro por el Padre con la resurrección y la ascensión.

puede personificar aquí a la madre del Mesías, es decir, al judaísmo; y el discípulo a quien Jesús amaba, en quien se puede mirar a la naciente comunidad cristiana.

Por lo tanto, la obra de Jesús es incluyente, nadie queda por fuera: esclavos y libres, judíos y gentiles, varones y mujeres, porque todos somos uno en Cristo Jesús (Cf. Ga 3,28). Israel vio en Moisés a su salvador, el hombre más grande del judaísmo (Dt 34,10-12), pero Jesús es superior, es el Hijo de Dios (Jn 1,1). Con Moisés vino a Israel la Torah, con Jesús la gracia y la verdad para la entera humanidad (Jn 1,17).

El amor de Dios, en la cruz de Jesús el Mesías (Jn 3,16-21)

El verso 3,16 es bastante conocido y también muy citado con frecuencia en los estudios bíblicos para describir a Dios, pero se lamenta el uso de la frase fuera de su contexto. Ante todo conviene precisar un elemento de la traducción. Las dos primeras palabras griegas de Jn 3,16 son: “*houtôs gâr*”, cuyas traducciones oscilan en las diversas versiones: “*Porque tanto amó Dios al mundo; de esta manera...; así...; ha tenido tal amor...; por este camino...*”. Vale la pena considerar la expresión no sólo en el Cuarto Evangelio sino también en otros pasajes del Nuevo Testamento²².

El adverbio griego “*houtôs*” se halla unas 205 veces en el Nuevo Testamento, de ellas, en 163 ocasiones se traduce “*así*”; por su lado la expresión compuesta de adverbio y conjunción, “*houtôs gâr*”, como se encuentra en Jn 3,16, asoma unas treinta y ocho veces en el Nuevo Testamento y de manera explícita tres veces en el Cuarto Evangelio (Jn 3,16; 5,21.26) y al mirar la ubicación y la traducción del adverbio griego en el Cuarto Evangelio, se debería traducir: “*así, de esta forma, por este camino... amó Dios al mundo*”.

Además, el adverbio aquí se usa como un comparativo con la obra de Moisés en Jn 3,14, *así como* Moisés levantó la serpiente de bronce en un poste en medio del desierto... “*así*” o “*de la misma manera*” o “*por idéntico camino*”, Dios amó al mundo dándonos a su Hijo. Para educar y formar a

²² Por ejemplo: Mt 2,5; 3,15; 5,12; Jn 3,16; Hch 13,8. 47; 20, 13; 1P 3, 5; 2P 1, 11...

un especialista en el Antiguo Testamento como es Nicodemo, Jesús recurre al libro de los Números y a la escena de la serpiente en el desierto.

La respuesta de Jesús es precisa, solo quien cree en el Hijo del hombre tendrá vida eterna, esta afirmación supone la fe como una opción, vivir como vive Jesús. Además, la fe se revela como un don, viene de lo alto. En el caso de Moisés, de los israelitas y la serpiente, la ayuda sanadora vino de lo alto; la serpiente levantada en un poste, elevaba la mirada del necesitado de curación hacia los cielos, en este caso, hacia el Señor de Israel pues de este Dios, y no de otro, vino la salvación.

Dios provee desde lo alto la salvación de los seres humanos. Es la primera enseñanza para Nicodemo. Irá al cielo quien desciende del cielo. Los seres humanos debemos “mirar” a Jesús. En Jn 3,3 el verbo griego es “horaô”, se trata del *ver de la fe*, como cuando el resucitado se deja ver de los suyos (Jn 20,8.18.20.25.27.29). Quien nace de lo alto “verá” (horaô) el reinado de Dios.

La manera como Dios nos ama queda al descubierto en cuanto hace el Padre con el Hijo, pero este gesto no es aceptado por los fariseos, ellos no reconocen en Jesús una revelación de Dios y menos aún aceptan a Jesús como “*El Hijo de Dios*” (Cf. Jn 7,47-48). Los fariseos y en general los miembros del pueblo de Israel, estaban convencidos de un hecho: “*Dios nos ama* (decían ellos) *por el solo hecho de ser judíos*”. Pero Jesús ofrece un dato nuevo y original: *Dios ama gratis a todos los seres humanos en Jesús el Mesías*. Los ama porque son sus hijos e hijas, y ponen el descubierto la obra nacida de sus manos. Los seres humanos somos la obra creada por Dios. Su obra por excelencia. Si los judíos, los fariseos y otros seres humanos rechazan a Jesús, también rechazan el amor del Padre; Él ama a la entera humanidad.

Para Nicodemo este hecho es otro duro golpe, capaz de dejarlo tendido en la lona como al boxeador vencido. Para un judío, y más aún para un judío fariseo, que su Dios ame a los extranjeros, a los enemigos, a los herejes, a los opresores del pueblo elegido es una contradicción frente a la elección hecha desde antiguo de un pueblo particular (el pueblo de Israel). Pero según Jn 3,16, el amor del Dios Padre se extiende a “*todo ser humano, a toda la creación*”. Por lo tanto, la intención última de Dios es salvar tanto a los gentiles como a los judíos. Esta acción de Dios, va más allá de la mentalidad de numerosos judíos, incluidos los fariseos guardianes de la Torah y de la tradición.

De acuerdo con la profecía de Jonás, al profeta de Israel no le cabía en la cabeza la salvación de los ninivitas (*gentiles y enemigos*) y por ello hizo todo cuanto estuvo a su alcance para ver destruida la ciudad de Nínive, símbolo del más cruel enemigo de Israel en el s. VIII a.C (Cf. Nah 1,14; 2,9-11; 3,1-7.12-19). Por un camino similar, los discípulos de Jesús, Santiago y Juan, quieren hacer caer fuego del cielo, como una antorcha encendida, sobre un pueblo samaritano que no quiso recibirlos cuando se dirigían hacia Jerusalén (Lc 9,52-56). Cuando Simón Pedro da testimonio del Evangelio en la casa de Cornelio y sucede allí un nuevo pentecostés, la comunidad de Jerusalén lo llama al orden, le pide cuentas (Hch 11,1-3) y le exigen ser testigo solo delante de los judíos (Cf. Hch 11,19).

Cuando Pablo se dirige a una audiencia judía hostil, el auditorio lo escucha con paciencia hasta cuando el oriundo de Tarso menciona cómo Dios lo llamó para ser testigo del Evangelio delante de los gentiles, entonces los judíos radicales intentaron matarlo (Hch 22,22-23). La afirmación del Cuarto Evangelio, según la cual, Dios ama en Jesús a todos los seres humanos, es para los judíos una frase no sólo escandalosa, sino revolucionaria, sorprendente y angustiada, porque un judío y en especial un fariseo estricto en el cumplimiento de la Torah, no alcanza a ver el amor de Dios extendido a quienes no son judíos.

El verbo “amar” (*agapaô, en griego*) en Jn 3,16, se encuentra en un tiempo pasado puntual; en la gramática griega se denomina el tiempo “aoristo”, es decir, se trata de un hecho específico y particular en un momento determinado de la historia. El verbo no está en tiempo presente: “Dios ama al mundo”, sino en un tiempo pasado intenso “Dios amó al mundo de una manera muy especial”. Dios manifestó su amor al mundo de una forma precisa; Dios nos amó en su Hijo, quien se encarnó, se hizo fragilidad (Jn 1,14), murió en la cruz y fue resucitado por el Padre.

En Jn 3,16 un nuevo elemento causó a Nicodemo, a los fariseos y en ellos a numerosos judíos, una gran dificultad. Dios procede así para que “nadie perezca”, para que nadie se muera. El verbo griego “apollumi” (*perder, perder, destruir por completo*), aflora en Jn 6,39, al hablar de la voluntad del Padre: “Su voluntad es que yo no pierda a ninguno de quienes él me ha dado, sino que los resucite en el último día”. Y luego en Jn 10,10: “El ladrón va al rebaño solo para robar, matar y destruir. Yo he venido para dar vida a los seres humanos y para que la tengan en plenitud”. El

texto habla no solo del beneficio para un pueblo elegido o especial, sino para todas las personas.

En cambio el interés de los líderes judíos es otro: *“Caifás que era sacerdote aquel año, les dijo... ¿No se dan cuenta de que es preferible que muera un solo hombre por el pueblo (se refiere a Jesús), a que toda la nación sea destruida?”* (Jn 11,50). Y cuando comienzan los eventos de la Pascua final en Jerusalén, Jesús es consciente de cumplir su misión de manera completa: *“Así se cumplió lo que él mismo había dicho: No he perdido a ninguno de quienes me diste”* (Jn 18,9).

Este paralelo entre perder y salvar, perecer y acoger, tiene ya su legendario antecedente en el evento de la serpiente en el desierto. Quienes miraban la serpiente de bronce elevada en el poste, eran los mordidos por las serpientes venenosas, los moribundos, aquellos a quienes la vida se les escapaba entre los dedos de sus manos. Ellos estaban a punto de perecer y asumían así las consecuencias de su crítica, de su rebelión y de su rechazo al Dios del Éxodo.

Nicodemo está muy golpeado y conmovido, ya no es capaz de hablar más, se le apaga la voz. De hecho, ya no hablará más, le tocará al evangelista terminar la escena del diálogo con Jesús. Quien no acepta a Jesús, ni el amor de Dios en su Hijo para todos los seres humanos sin excepción, no va camino hacia lo alto, sino al descenso, al abismo, en medio de apremiantes pensamientos, marcados por la amenaza del fracaso. Una persona en esas condiciones, como está ahora Nicodemo, es un muerto en vida, va por el corredor de la muerte. Por estos motivos el texto insiste en una verdad profunda, *Dios envió a su Hijo, no para condenar el mundo sino para salvarlo por medio de su Hijo.*

Jesús se encarnó en esta historia para revelar a la entera humanidad el amor de Dios. Él se hizo fragilidad para salvarnos a todos. Quienes no reciben a Jesucristo como camino de salvación de Dios, rechazan el amor de Dios (Cf. Jn 14,6). El propósito principal de la encarnación del Señor es contagiar el amor de Dios a los pecadores, a los pobres, a los débiles, a los despreciados, a los perdidos; así como de manera tímida la serpiente de bronce fue un medio de curación para los moribundos israelitas, en su travesía por el desierto, cuando miraban hacia lo alto.

En el caso de la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,1-11), donde de entrada hay una injusticia, pues según la ley debía presentarse también al

varón adúltero, queda en evidencia un hecho sorprendente: los fariseos y los escribas presentaron a esta mujer “pecadora” para asistir a la condena por parte de Jesús o al menos para corroborar o validar su calidad y su condición de Maestro. Pero Jesús rechaza condenarla, porque se hizo hombre no para condenar sino para salvar, empezando por quienes estaban perdidos, o eran condenados por los otros, o se encontraban abandonados a su suerte (cf. Rm 3,9-18).

La luz vino al mundo, pero los seres humanos prefirieron las tinieblas a la luz (Jn 3,19). Dios creador dice: *hágase la luz y la luz fue* (Gn 1,3). La luz vence las tinieblas y este criterio se asoma en toda la Biblia, como un hilo luminoso invade sus páginas. “*Dios es luz*”, dice 1Jn 1,5, desvelando un valor altísimo para esta realidad física. Jesús se presenta como luz del mundo (Jn 8,12), y el célebre prólogo del Cuarto Evangelio lo identifica en su ingreso a la historia del mundo como “*la luz verdadera que ilumina a todo ser humano*” (Jn 1,4-5). Jesús le ratificará a Nicodemo que la luz vino al mundo, pero los hombres prefieren las tinieblas a la luz porque sus obras eran malas. De hecho quien hace el mal, odia la luz y no se acerca a la luz porque descubre sus obras (Jn 3,19-20).

También el espacio y la historia humana están transidos de luz cuando son visitados por Dios, como en la era mesiánica cantada por Isaías: “*El pueblo que caminaba en las tinieblas vio una luz grande, sobre quienes habitaban en una tierra tenebrosa una luz les brilló*” (Is 9,1). La tierra está bañada y alumbrada por la luz de Dios (Gn 1,1-3) y de manera especial Jerusalén (Is 60, 1-3).

Nicodemo fue con Jesús hasta la Pascua definitiva

Sólo el Cuarto Evangelio habla de Nicodemo y lo hace en tres ocasiones, al inicio del evangelio (Jn 3,1-21), en el centro del Evangelio (Jn 7,50-52) y en la hora de la cruz y la sepultura de Jesús (Jn 19,39-42).

El primer texto, como se expuso antes, es esencial (Jn 3,1-21), porque Jesús invita al judaísmo en la figura de los fariseos y de Nicodemo a nacer de lo alto, del Espíritu, a recibir al Padre como un regalo, porque el amor de Dios es gratuito (agápe). Y Nicodemo acepta la difícil exigencia de renacer.

Acoge el don del Espíritu, conoce una libertad mucho más grande y se abre poco a poco a la luz. Nicodemo prosigue con honestidad su búsqueda. Así lo encontramos en Jn 7.

En medio de una discusión acalorada los sumos sacerdotes y los fariseos amenazan a Jesús y quieren arrestarlo. Nicodemo se interpone: *¿“Acaso nuestra ley condena a un hombre sin escucharlo primero y precisar qué hace”?* (Jn 7,52). En esta ocasión Nicodemo se hace del lado de los indeseables y sus colegas se fastidian y por ello le dicen: *¿“También eres tú galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas”*. Estudia, le dicen sus colegas. Pues de hecho, porque conoce a Jesús y lo estudia, porque Jesús se hizo prójimo de este fariseo, por ese motivo Nicodemo dice tales palabras y hace su elección.

En el tercero y último texto, donde el Cuarto Evangelio menciona a Nicodemo, viene la hora de la escandalosa condena pronunciada contra el Hijo del Hombre. Nicodemo no estaba lejos de la cruz ni de la hora de la muerte de Jesús. Junto con José Arimatea *“discípulo de Jesús, aunque clandestino”* (Jn 19,38) participa de la sepultura de Jesús: *“Vino también Nicodemo, quien al inicio fue de noche (donde Jesús), con cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Nicodemo y José tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas según la costumbre judía de sepultar a los muertos. En el lugar donde crucificaron a Jesús había un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado. Y como era el día de la preparación de los judíos, y el sepulcro estaba cerca, allí pusieron a Jesús (Jn 19,39-42).*

El Cuarto Evangelio relata un entierro más solemne y espléndido para Jesús si se compara con la tradición de los Evangelios Sinópticos. Jn 19,38-42 cuenta un detalle ausente en los otros evangelistas: con José de Arimatea *“fue también Nicodemo”*. En el Cuarto Evangelio los responsables del entierro de Jesús son dos varones: un cristiano, José de Arimatea y un judío, el maestro fariseo Nicodemo (¿convertido ya al cristianismo?).

Los detalles de la sepultura son fascinantes. Nicodemo se presentó llevando mirra y áloe, dos polvos aromáticos que los judíos ponían junto a los cadáveres para disimular el olor de la descomposición. Según el relato, Nicodemo llevó ¡45 kilos de especias! Una cifra desorbitada, que hubiera podido aplastar el cadáver de Jesús; además, es imposible que Nicodemo

hubiera podido cargar él solo esas especies. Se trata pues de una cifra con un significado más amplio. El Cuarto Evangelio describe aquí el entierro de un rey. En efecto, cuando murió el rey Herodes se emplearon 500 esclavos para cargar los aromas de sus exequias; y cuando murió el rabino Gamaliel el Viejo, se quemaron 40 kilos de esencias en su funeral. Para el autor y la comunidad del Cuarto Evangelio, Jesús no podía ser menos. Si en la cruz habían puesto un cartel que lo proclamaba como “Rey de los judíos” (Jn 19,19-20), debía de recibir un sepelio como “Rey”.

Luego, José de Arimatea y Nicodemo, tomaron el cuerpo de Jesús y “lo envolvieron con vendas” (*no solo con una sábana, como dicen los evangelios sinópticos*), agregaron los aromas, y realizaron todos los ritos necesarios “según la costumbre judía de sepultura”, es decir, con la meticulosa perfección de los fariseos. No se escapó un detalle del funeral. Y por si fuera poco, terminada la tarea depositaron el cuerpo en una tumba nueva que había “en un jardín” próximo. Se trata de otro detalle con un hondo sentido en el Cuarto Evangelio. Los reyes de Judá eran sepultados en un jardín (2R 21,18.26), Y el rey David yacía en una tumba de un jardín (Neh 3,16, según la versión de los Setenta). El “rey de los judíos”, hijo de David, también debía descansar en un jardín. Según el Cuarto Evangelio, Jesús tuvo un entierro magnífico, digno de un rey.

El entierro de Jesús, en el Cuarto Evangelio, es responsabilidad de dos personas admiradoras de Jesús pero cobardes y temerosas, lo seguían en secreto, y al final dieron la cara en el momento más peligroso y se animaron a mostrar en público su devoción por él. Para este Evangelio, no se puede ser seguidor de Jesús en secreto; solo cuando uno da testimonio cristiano en público puede decir que ha encontrado al Señor. Y según el evangelio del cual es testigo el Discípulo a quien Jesús amaba, por este sendero anduvieron José de Arimatea y Nicodemo.

Conclusión

El texto de Jn 3,1-21, es rico en argumentos, pero también en aplicaciones puntuales. Ser religioso no equivale a ser cristiano. Alguien escribió un libro, para explicar la epístola de Pablo a los Romanos, con este título:

“*Cómo ser cristiano sin ser religioso*”²³. Pero bien se podría escribir un libro con un título inverso: “*Cómo ser religioso sin ser cristiano*”. Esta fue la tragedia de Nicodemo, de numerosos fariseos, de un grupo grande judíos y de un buen número de personas del presente siglo.

Nicodemo era un hombre religioso, muy fiel a la Torah, pero no era seguidor de Jesús. Y este drama nos acompaña a muchos de nosotros hoy. Ser cristiano implica nacer de lo alto, nacer de Dios. Hay una gran diferencia entre ser religioso y nacer de lo alto. En este contexto, Nicodemo podría estar tan perdido como la mujer de Sicar junto al pozo en Jn 4,1-41, y ambos son muy distintos, hasta “enemigos” y se encuentran respecto a la fe en polos opuestos.

Muchas personas creen acceder a la comunión con Dios, gracias a sus propias fuerzas, a sus méritos, a sus prácticas religiosas y se olvidan de Jesús, de la salvación ofrecida por él como un don y como un regalo del Padre. Si creemos en Jesús, nacemos de lo alto, optamos por su estilo de vida, por encima de nosotros mismos y de nuestras capacidades y solo así vemos el reino de Dios.

El amor gratuito y compasivo de Dios por todo el mundo ha quedado de manifiesto en la encarnación del Hijo de Dios, en su vida, en sus obras, en sus palabras y de manera particular en su pasión, muerte y resurrección (*es decir, en la Pascua*). Así Dios ama al mundo, es la manera como los seres humanos ahora y por siempre disfrutamos de Dios. Rechazar a Jesús, equivale a rechazar el amor de Dios donado en Él. El amor de Dios nos envuelve en la persona de Jesús. Y este amor de ágape nos desborda en su inagotable gratuidad.

Bibliografía

BELLINGER, G., “Sumeri”, en: G. BELLINGER, *Enciclopedia delle religioni*, Garzanti, Milano 2001.

²³ Cf. F. RIDENOUR, *How to be Christian without being Religious*, Regal books, Ventura 1967. Versión castellana: *Cómo ser cristiano sin ser religioso*, Libertador, Maracaibo 1972.

- BIEDERMANN, H., "serpiente", en: H. BIEDERMANN, *Enciclopedia dei simboli*, Garzanti, Milano 1999.
- KITTEL, G., *Theological Dictionary of the New Testament*, Vol. I, Grand Rapids 1999.
- MERCATANTE, A., "Arca del Pato", "serpiente" en: A. MERCATANTE, *Dizionario dei miti e delle leggende*, Newton & Compton, Roma 2001.
- MORRIS, L., *The Gospel According to John*, Eerdmans, Grand Rapids 1971.
- RIDENOUR, F., *How to be Christian without being Religious*, Regal Books, Ventura 1967.
- SUAREZ, A., *La idea de la palabra según Platón*, Quito 2006, <http://www.monografias.com/trabajos36/la-palabra-platon/la-palabraplaton2.shtml#ixzz4EWISumBy>.

Nota recibida el 25 de febrero de 2016.

Nota aceptada el 3 de abril de 2016.